
LA ENTRADA DE LA INSURGENCIA A GUADALAJARA Y SUS REPERCUSIONES EN LA ÉLITE NOVOGALAICA 1810-1811¹

MARÍA GUADALUPE CANDELAS GRANADOS²

RESUMEN

El presente trabajo pretende mostrar las características de algunas de las élites de Guadalajara en el devenir de la vida colonial, específicamente en el siglo XVIII, así como el patrimonio de poder e intereses que habían desarrollado durante su presencia en la Nueva Galicia y que, tras la entrada de los insurrectos en 1810, se vieron afectados o favorecidos con las medidas implementadas por el grupo encabezado por el cura Miguel Hidalgo, así como las decisiones y ambivalencias que fueron tomadas por estas élites para incluir, o bien rechazar, al movimiento insurgente; se verá si peligraron sus intereses con la entrada insurrecta a Guadalajara, o por el contrario, si se beneficiaron. En el caso de este trabajo se busca interpretar, mediante un estudio comparativo, el estatus, redes y funciones de los grupos oligárquicos regionales previos a las circunstancias extraordinarias, tanto europeas como del virreinato -en este caso, la invasión napoleónica y la insurgencia en la Nueva España-, y cómo influyeron en las dinámicas, y patrimonio político, social y económico de las élites novogalaicas.

INTRODUCCIÓN

El establecimiento en Guadalajara de instituciones gubernativas y religiosas de gran importancia, no sólo la convirtió en sede del obispado y de la real Audiencia, sino que implicó también que la ciudad y en general la Nueva Galicia, gozaran de relativa autonomía y libertad frente a las pretensiones de dominio de la Nueva España. Esta separación favorecía a la oligarquía encumbrada en Guadalajara desde la fundación de la ciudad, ya que otorgó un marco de “independencia” frente al monopolio del centro. A su vez, el establecimiento del obispado en Guadalajara propició la consolidación de una élite

1 Texto presentado como ponencia en el marco del III *Encuentro Estudiantil Interhistoria*, “El compromiso de las Ciencias Sociales: de la investigación a la práctica”, realizado en el mes de marzo de 2014, Auditorio Adalberto Navarro Sánchez, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara.

2 Actualmente es estudiante en la Maestría en Historia de México, Universidad de Guadalajara.

eclesiástica, desvinculada en cierta medida de la capital, y que se relacionó con el poder de la élite política cimentándose como principales instancias de poder.

Así pues, la oligarquía novogalaica utilizó diversas estrategias sociales que le proporcionaron un mejor estatus y posicionamiento. Anhelaban títulos nobiliarios y grandes extensiones de tierra que les permitieran acrecentar su prestigio y reconocimiento público, lo cual les redituaba en las ganancias que pudiesen generarse a partir de sus negocios. Del mismo modo, algunas de las uniones matrimoniales resultaron peligrosas para los intereses de la Corona, como las que se efectuaban entre hijos de funcionarios públicos y terratenientes, fomentando así el abuso del poder en favor de parientes o amistades.

La preocupación por la preservación del poder y prestigio que diversas familias habían acumulado y la transmisión de su legado entre generaciones, dio como resultado que se recurriera al mayorazgo con el objetivo de prolongar los títulos, linajes y extensiones de tierra al interior de la familia y, a su vez, procurar la existencia y fortalecimiento de los grupos oligárquicos. Asimismo, esta élite política novogalaica estaba posicionada “como el grupo de personas que formaban parte del Ayuntamiento, de las diputaciones mercantil y minera y, en menor grado, a los oficiales de la milicia”.³

En ese sentido, algunos de los elementos que fortalecieron a este grupo oligárquico fueron tanto la situación geográfica que hacía independiente a Guadalajara del centro de México, la función administrativa y comercial de la ciudad, así como la conducción política de ésta. Esta vieja élite, tan

fructífera gracias a la aplicación de nepotismos y mayorazgos, comenzó a dinamizarse y “modernizarse” debido a las políticas económicas y de comercio emitidas por la monarquía después de la llegada de los Borbones al trono español.

Estos cambios propiciaron que la propiedad de las tierras y monopolios comerciales en la Nueva Galicia no hayan permanecido sólo en las manos de “la vieja oligarquía”, sino que se extendieron también a otros grupos sociales y económicamente acomodados, tal fue el caso de los comerciantes, caciques, criollos y letrados, entre otros, propiciando el surgimiento y adaptación de nuevas interrelaciones entre las élites. Es importante destacar la función de las redes y vínculos dentro de los grupos empoderados, ya que funcionaron como vehículos para las relaciones de intercambio, de solidificación y extensión del poder por parte de los actores asociados en estos grupos, así “la asociación entre personas para constituir una compañía mercantil, agrícola o financiera fue un mecanismo usado frecuentemente por las personas que poseían capitales con el fin de organizar y desarrollar empresas económicas”.⁴ En ese sentido, no todas las élites pugnaron por una relación de poder económica, pero sí política o de reconocimiento social, o bien por el control político-económico.

Aunque también estos grupos estaban delimitados regionalmente por los mismos terratenientes, que extendían sus dominios y no permitían la expansión de los otros, “es necesario saber cómo ejercían su autoridad los grupos poderosos (caciques, principales y funcionarios del pueblo), para adquirir riqueza y manipular los recursos de toda la comunidad en su beneficio”.⁵

3 Brading, *Mineros y comerciantes*, p. 403.

4 Valerio, “Redes familiares”, p. 96.

5 Miño, *El mundo novohispano*, p. 243.

A partir de este escenario sobre las élites, el presente trabajo pretende hacer un breve análisis comparativo sobre la estructura política, social y económica de algunas élites neogallegas durante el siglo XVIII, y sus posicionamientos a la llegada de la lucha insurgente a Guadalajara durante 1810 y 1811, así también sobre los efectos, intereses y repercusiones que trajo consigo la insurrección en Guadalajara, asimismo las medidas, perspectivas y decisiones que estos grupos tomaron respecto a dicho suceso. De este modo, y como antecedente a la coyuntura independentista en Guadalajara, es necesario establecer un panorama general sobre las características de la élite en Guadalajara de los siglos XVIII y principios del XIX.

CARACTERÍSTICAS GENERALES DE ALGUNAS ÉLITES NEOGALLEGAS DEL SIGLO XVIII

Para el siglo XVIII, la oligarquía en el virreinato estaba compuesta por diversos grupos, entre los que destacaron los hacendados, comerciantes, mineros, funcionarios, clérigos, oficiales del ejército, tanto peninsulares como criollos, divididos a su vez en dos grandes bloques, en el primero se encontraban los hacendados -algunos también poseían negocios en los portales del comercio-, o bien los que adquirieron cargos en instancias de gobierno; mientras que el segundo bloque estuvo conformado por los medianos comerciantes. Al respecto, Carmen Castañeda anexó algunos otros grupos, como los altos funcionarios del clero, algunos letrados y universitarios. Así, los parámetros de poder que definían los intereses de esta élite “estaban representados [por] sus tres atributos: el poder, la riqueza y el honor”.⁶

Durante el siglo XVIII y principios del XIX en Guadalajara, la ideología clerical y de gobierno virreinal seguía los criterios que emanaban de las políticas económicas y las reformas ilustradas europeas. Estas políticas se hicieron cada vez más evidentes, como el envío de visitadores a tierras trasatlánticas para la regularización y mejora del ordenamiento de sus asuntos. De esta manera, gracias al impacto de las reformas borbónicas, el mercado tapatío y la élite comerciante lograron su apertura a otros mercados externos, por ejemplo, “al fundarse el consulado, los comerciantes de Guadalajara ampliaron sus conexiones con el exterior, en especial con las Filipinas, Panamá, Perú y Chile a través del Puerto de San Blas”.⁷

La consolidación de un mercado enérgico, a partir de las reformas, convirtió en un peligro al poder comerciante de Guadalajara frente al de la Ciudad de México, no sólo en el aspecto económico, sino también en el ámbito político, pues estos grupos de criollos y españoles adquirirían importancia no sólo a la par sino al interior de la misma élite. Así, “a finales del siglo XVIII, Guadalajara contaba con una élite vigorosa y articulada, en franca competencia con la de la Ciudad de México por el control de los circuitos comerciales”.⁸ Las reformas borbónicas no traerían consigo un favorecimiento generalizado a la élite de la Nueva Galicia, ya que algunas de ellas -sobre todo la fiscal- pretendía que “proporciona[ran] préstamos voluntarios o forzosos para subsanar la situación financiera tan angustiosa por la que estaba atravesando la metrópoli”.⁹

PARTICIPACIÓN DE LA ÉLITE ECLESIAL DEL SIGLO XVII EN GUADALAJARA

El ordenamiento territorial de la ciudad a partir de las reformas sociales, políticas,

6 Castañeda, “La formación de la élite”, p. 39.

7 Olveda, *De la Insurrección a la Independencia*, p. 27.

8 Olveda, *De la Insurrección a la Independencia*, p. 26.

9 Olveda, *De la Insurrección a la Independencia*, p. 28.

morales y económicas, así como la reorganización de la Intendencia en Guadalajara, fue impulsado tanto por la institución eclesiástica como por la autoridad civil. Este ordenamiento fue el procedimiento con el cual se hizo frente a diversas problemáticas sociales, entre ellas el mantenimiento de espacios habitables, la construcción de nuevos barrios, la atención de diversos servicios públicos que el poder civil y la Iglesia ostentaban haber realizado como élites encargadas de la implementación de éstos y muchos otros servicios a favor de la sociedad, de esta forma

Los obispos Antonio Alcalde y Juan Cruz Ruiz de Cabañas alentaron ese espíritu de alianza del clero con el regionalismo reformista e ilustrado de fin de siglo en Guadalajara. Su apego a la política de desarrollo y fomento de la región fue manifiesto en la variedad de proyectos que recibieron estímulos directos por parte de la jerarquía eclesiástica”.¹⁰

La ideología clerical en Guadalajara atendió a los parámetros utilitarios del proyecto monárquico ya que, por una parte, estaba condicionada a atender las necesidades de la población y, por otra, al “ajustarse” con las medidas reformativas impulsadas por la casa española gobernante, “resaltaba una y otra vez la preocupación eclesiástica por el bienestar de la población concebida en su totalidad. Promovía las medidas gubernamentales a la vez que la fe y la caridad”.¹¹

Para la Iglesia, la caridad jugaba el papel de mediadora entre la acumulación de capital de la élite comercial y las nuevas medidas reformativas. Por ello consideraba que “el desarrollo comercial y la generación de un volumen de mayor riqueza cambiaron los

hábitos de la élite y de los empresarios, ya que en lo sucesivo llevaron una vida frívola, y se comportaron más codiciosos, astutos y arriesgados en los negocios que emprendían”.¹²

Por otro lado, la Iglesia católica neogalega fue uno de los actores afectados con la promulgación de las reformas borbónicas, pues al igual que los arrendatarios apoderados, tuvieron que sanear las cuentas y las pérdidas de guerra de la Corona española, ante lo cual “las comunidades religiosas y los grandes propietarios recibieron otro golpe muy duro en 1804, cuando se expidió la Real Cédula de Consolidación de Vales”.¹³

PANORAMA GENERAL DE LOS PREPARATIVOS PARA EL MOVIMIENTO INSURGENTE

En las diversas versiones existentes sobre la historia de México es posible encontrarse con la visión estigmatizada sobre la inconformidad de los criollos, quienes aspiraban a ocupar los puestos que, de manera casi monopolítica, tenían los peninsulares, y que esto desembocó en la inminente lucha independentista. Sin embargo, los estudios regionales, por ejemplo -en el caso de Guadalajara- permiten ver una posible divergencia respecto a esta visión, pues un importante número de estos criollos “fueron grandes propietarios, ricos mineros y comerciantes prósperos, gracias a la favorable situación económica propiciada por las reformas, y a que provenían de lo más selecto de la sociedad, formaban parte, junto con el peninsular, de la misma oligarquía”.¹⁴

Así, Guadalajara se posicionó como una ciudad que acogió a los grupos que beneficiaron a la economía y utilidad regional -per-

10 Gálvez, *La conciencia regional en Guadalajara*, p. 163.

11 Connaughton, *Ideología y sociedad en Guadalajara*, p. 468.

12 Olveda, *De la Insurrección a la Independencia*, p. 24.

13 Olveda, *De la Insurrección a la Independencia*, p. 29.

14 Olveda, “El proceso formativo de la oligarquía”, p. 64.

tenecieran o no a una posición privilegiada en la sociedad- así como a la formación de instituciones encabezadas por la élite, lo que propició que “cuando menos en Guadalajara se registró buena relación entre unos y otros; ambos grupos estaban integrados, se vinculaban por medio del matrimonio, se unían en los negocios y aparecían como una sola clase social dominante”.¹⁵

En ese sentido, sólo los criollos menos beneficiados al interior de estos grupos eran los que verdaderamente se mostraban inconformes con el poderío de esta oligarquía. Las élites de Guadalajara, al igual que otras en toda la Nueva Galicia y la Nueva España, además de inconformarse por la política fiscal que estaba siendo aplicada por los Borbones, a partir de 1794 recibieron diversas presiones por parte de la Corona obligándolas a proporcionar préstamos, aún en contra de sus deseos.

Por otro lado, el contexto europeo mostró algunas de las debilidades de las élites locales, ya que la crisis política de 1808, originada en el centro mismo de la monarquía española, repercutió en todos sus dominios, pues “la península fue invadida por las tropas francesas con el pretexto de pasar a someter a Portugal, y que en algunos territorios de la Nueva España fue foco de atención, y momento para buscar nuevos intereses”.¹⁶ Tras la abdicación de Carlos IV y Fernando VII a favor de Napoleón, y de éste en su hermano José Bonaparte, algunas de las manifestaciones patrióticas o de fervor hacia la Corona, en especial al monarca Fernando VII, no se hicieron esperar, así como las disputas por quienes se consideraron herederos del linaje. La ilegitimidad de Bonaparte y la euforia por Fernando VII en tierras americanas estuvieron presentes, y el único modo de adquirir

representación fue mediante el empoderamiento de los Ayuntamientos en el virreinato, que permitían la representación mermada de estos intereses.

Mientras en el centro de la Nueva España los ánimos subían, en Guadalajara la vida transcurría con relativa “tranquilidad”, a decir de José María Muriá, ya que “la Intendencia y Ayuntamiento, Audiencia y Cabildo eclesiástico, clero y vecinos prominentes de Guadalajara andaban en clima de absoluta armonía, [...] pues estaban convencidos de la importancia de mantener unidas sus fuerzas”.¹⁷

Con el poder de exhortar a la población para hacer frente a la crisis política, social y económica por la que atravesaba España, la élite eclesial hizo un llamado a depositar la confianza y el capital en la metrópoli, y que los intereses de los grupos oligárquicos permanecieran sujetos a la Corona, sin embargo, convenía a los apoderados no mantenerse al margen de estos señalamientos, ya que:

Las reformas borbónicas también provocaron descontento porque frenaron la acción de los grupos locales, es decir, la de los criollos que demandaban su derecho a gobernar el lugar donde habían nacido. Esta inconformidad provocó, a su vez, una peligrosa desesperación que llevó a la búsqueda de los medios para librarse del gobierno que los oprimía y del equilibrio perdido desde mediados del siglo XVIII.¹⁸

Es posible deducir que, más allá de que la inconformidad criolla se reduzca al supuesto acaparamiento de cargos en el gobierno por parte de los españoles, se trató más bien en el sentido comercial, económico y de creación de monopolios y grupos oligárquicos entre comercio y gobierno. Era conveniente

15 Olveda, “El proceso formativo de la oligarquía”, p. 64.

16 Guedea, “La Independencia (1808-1821)”, p. 147.

17 Muriá, *La Independencia en la Nueva Galicia*, p. 18.

18 Olveda, *De la Insurrección a la Independencia*, p. 39.

la creación de estas fórmulas para la conservación del patrimonio y continuación de los mismos grupos en la élite, así como mantenerse fuera de la vista de la Corona española, para la preservación de esta autonomía de poder. Inclusive el clero neogallego -en este caso el obispo Juan Cruz Ruiz de Cabañas- proponía a sus fieles solidarizarse con la causa de Fernando VII pues

Jamás puede ofrecernos empresa más intensiva que la de conservar nuestra verdadera y sólida felicidad en nuestra conciencia religiosa moral y política [...] para hacer frente a la cruel persecución que el pérfido Bonaparte ha declarado a nuestra santa religión, a nuestro soberano, a nuestra patria madre y a nosotros mismos. [...] Que se ponga una demanda en la Iglesia al cargo de vuestro padre, para recoger las muchas o pocas oblaciones de los fieles.¹⁹

ENTRADA DEL MOVIMIENTO INSURGENTE A GUADALAJARA

La ciudad se enteró de la insurrección de Dolores el 25 de septiembre de 1810.²⁰ Desde la entrada del movimiento a la Nueva Galicia, algunos grupos pertenecientes a la élite y que vieron en peligro su patrimonio, crearon la Junta Superior Auxiliar de Gobierno, Seguridad y Defensa de Guadalajara para protección de los mismos, además de rechazar el movimiento insurrecto. Entre tanto, la élite eclesiástica, en la figura del obispo Juan Cruz Ruiz de Cabañas, al enterarse del levantamiento del cura Miguel Hidalgo, utilizó la considerable influencia que poseía para exhortar al clero diocesano a un posicionamiento en contra de las ideas revolucionarias, e incluso propiciar la

formación de un regimiento de “cruzados”.²¹ Cabe señalar la importancia de la cohesión entre las élites para la protección de sus fuentes de legitimación y poder, denotados en el surgimiento de las juntas y adhesión para la protección de sus intereses.

El obispo Cabañas se proclamó en contra de la lucha insurgente porque “creía que una larga guerra desordenada y cruel en la que se permitían toda clase de excesos, fácilmente podría dividir el país en varios grupos antagónicos”.²² A pesar de este posicionamiento no dejó de tomar partido por las élites, pronunciándose a favor del orden. Numerosos son los casos de los que tiene registro el Archivo de la Real Audiencia, donde se desacredita al movimiento insurgente por los daños que causó su entrada a la ciudad, así como a las élites y población en general, a familias acaudaladas, hacendados y negocios, considerándoles criminales, vagos, ociosos y oportunistas a los que se enlistaron en sus filas.

Así pues, en Guadalajara “ante el embate de la insurgencia, el obispo Cabañas que no dejaba de propagar elementos destacados de la alianza del clero con el regionalismo reformista e ilustrado de Guadalajara, acababa apelando explícitamente al marco del patriotismo habsburgués”.²³ Era inminente que las instituciones y los grupos que veían afectados sus intereses y parámetros del orden, tras el levantamiento insurrecto, tomaran medidas -como las alianzas, la proclama de bandos para desacreditar al movimiento, entre otros- para fortalecer la protección de su patrimonio, ya fuesen políticos, económicos o religiosos.

19 AHAG, caja 3, Sección: Gobierno, serie: Obispos, Juan Cruz Ruiz de Cabañas 1808-1816, 28 de agosto de 1808.

20 Muriá, *La Independencia en la Nueva Galicia*, p. 21.

21 Muriá, *La Independencia en la Nueva Galicia*, p. 23.

22 Dávila, *Biografía de un gran prelado*, pp. 277, 296.

23 Connaughton, *Ideología y sociedad en Guadalajara*, p. 100.

Uno de los motivos por los que el movimiento insurgente entró a Guadalajara fue debido a la invitación de José Antonio Torres, apodado “El Amo Torres”, quien mostraba simpatía por el movimiento de Hidalgo, a tal grado que le ofreció refugio después de las diversas derrotas que había sufrido su ejército. Así, tras la derrota de algunos residentes de Guadalajara, en el mes de noviembre, en la región de La Barca y a manos del Amo Torres, “todo el regimiento obispal de ‘cruzados’, así como los voluntarios de la Junta de Seguridad acabaron por desertar. En tales circunstancias, a Guadalajara no quedaba otro recurso que pactar con el enemigo”.²⁴

Sin embargo, a la llegada del ejército insurgente “Guadalajara entera mostró entusiasmo por el cura que pretendía mejoras importantes para la gran masa de la población”.²⁵ Los efectos sociales que provocó la entrada del ejército a la ciudad no fueron comprendidos en su totalidad por los sectores localizados en los distintos escalafones de la sociedad de castas, pues fueron recibidos como un factor ajeno a la cotidianidad y actividades de la población:

El arribo de la gente que acompañaba a Torres y la llegada de otros grupos en los días siguientes, saturaron y le dieron otro aire distinto a la ciudad. La concentración de las tropas insurrectas en diferentes puntos de esta capital, el desplazamiento cotidiano de los rebeldes [...] crearon un ambiente tenso al que no estaban acostumbrados los habitantes.²⁶

También para la élite representó un punto considerable de tensión, ante lo cual buscaron que la causa insurgente no significara una afectación a sus intereses políticos, económicos

y sociales, por lo tanto, y en un primer momento, decidieron pronunciarse a favor del movimiento:

Es preciso aclarar que el buen recibimiento que las autoridades y los vecinos principales de Guadalajara dieron a Hidalgo no debe interpretarse como una muestra inequívoca de la adhesión a la insurrección. Lo que trató de hacer la élite fue halagarlo para evitar la amarga experiencia que vivieron los habitantes de Guanajuato y de Valladolid.²⁷

Posteriormente, la postura de la ciudad no dejó de ser controversial y ambivalente, ya que en un principio se declaró en contra de la causa insurgente. Ante este panorama ¿qué ganaba la élite al proclamarse a favor? o ¿qué arriesgaba si se pronunciaba en contra del movimiento?

REPERCUSIONES PARA LA ÉLITE COMERCIANTE Y LA SOCIEDAD EN GENERAL

La supresión de los estancos reales en Guadalajara, decretado así por Hidalgo durante su estancia en la ciudad, favoreció a los comerciantes y élites del lugar, ya que les dio la posibilidad de habilitar el comercio fuera de la misma entidad, abaratando los precios y dando mayor distribución a las mercancías, esto por supuesto generó mejores ingresos y ganancias, propiciado a su vez por la apertura del Puerto de San Blas; “asimismo desaparecían los estancos de la pólvora, de los colorantes para telas y de los naipes, así como el uso del papel sellado. La última parte del documento prometía a quienes se dedicaran [...] a cultivar el tabaco, el auxilio del gobierno insurgente”.²⁸

24 Muriá, *La Independencia en la Nueva Galicia*, p. 24.

25 Muriá, *La Independencia en la Nueva Galicia*, p. 27.

26 Olveda, *De la Insurrección a la Independencia*, p. 136.

27 Olveda, *De la Insurrección a la Independencia*, p. 140.

28 Muriá, *La Independencia en la Nueva Galicia*, p. 28.

Algunas de las acciones que se tomaron para hacer que el movimiento insurgente contara con una mejor aceptación en las élites, fue la elaboración de diversos decretos, con los cuales se buscaba generar un impacto de legitimación más que de beneficios para la población, pues entre los decretos “destacan el que abolía la esclavitud, y los que suprimían los tributos que cubrían los indios, el arrendamiento de las tierras comunales, y el pago de la alcabala que gravaba a los productos de la tierra y el papel sellado”.²⁹

La propuesta fundamental de Miguel Hidalgo al llegar a la ciudad de Guadalajara fue decretar la abolición de la esclavitud, es de señalar que este decreto no se giró con un sentido humanista o libertador, pues el papel social y económico que los esclavos tenían en la sociedad tapatía era distinto al que tenían en el centro de México, es decir, la adquisición de un esclavo en tierras novogalaicas fue de uso meramente doméstico, pues vivían con sus propietarios y estaban a expensas de sus amos en todo sentido, de ahí que “el ambiente ecológico de Nueva Galicia impidió que en esta región se implantara un sistema de explotación intensiva de la mano de obra negra”.³⁰

Este decreto del bando insurgente no favoreció del todo a los esclavos en Guadalajara, pues al darles la libertad, dejaban de obtener un modo de vida que les permitiera su manutención alimenticia y domiciliaria, quedando así en el limbo de la tipificación social:

El cura de Dolores promulgó esta orden por dos razones: en primer lugar para ser congruente con el principio de

libertad que proclamó desde el inicio de la insurrección; en segundo término porque al abolirla afectaba todavía más la propiedad privada de los españoles, recuérdese que el esclavo era considerado como una mercancía que se podía vender y comprar. La abolición fue parte del proceso de la confiscación de los bienes de los peninsulares que se propuso llevar a cabo.³¹

A pesar del buen recibimiento que se le dio al ejército insurrecto en la ciudad, Hidalgo, en su calidad de Generalísimo, se rehusó a quedarse sin pertrechos y fondos con que seguir en la lucha, pidiendo entonces a los grupos oligárquicos adherirse al contingente, o en su defecto que ayudaran con la alimentación, alojamiento y salarios de la tropa.³² Esto fue en gran medida perjudicial para las élites neogallegas, ya que muchos fueron despojados de sus pertenencias u obligados a dar parte de sus ganancias comerciales al ejército insurgente.

Tras ello, el obispo Cabañas salió huyendo de la ciudad ante la situación en la que se encontraba; pero esto no fue motivo suficiente para que se suspendieran las funciones eclesiásticas en Guadalajara, “aunque el obispo Cabañas se ausentó de su diócesis a raíz de la ocupación de Guadalajara por parte de los insurgentes, el Cabildo eclesiástico siguió recibiendo comunicaciones de distintas partes del obispado y copias de los reportes militares”.³³

Con la breve estancia de Hidalgo en Guadalajara, la primera etapa del proceso militar de la guerra de independencia se extinguió, culminando con la batalla dada en

29 Olveda, *De la Insurrección a la Independencia*, p. 143.

30 Lavrín, “Perfil histórico de la población negra, esclava y libre”, p. 35.

31 Olveda, *De la Insurrección a la Independencia*, pp. 143-144.

32 Olveda, *De la Insurrección a la Independencia*, pp. 142-143.

33 Olveda, *Documentos sobre la insurgencia*, p. 12.

el Puente de Calderón en 1811,³⁴ ante los futuros acontecimientos que seguirían hasta 1821, y que hicieron que los grupos opositores -sobre todo aquella élite a la que se perjudicó con los decretos de Hidalgo- buscara siempre una justificación por las medidas y posicionamientos que adoptó hacia los insurrectos.

CONCLUSIONES

Las élites que se consolidaron durante la vida colonial en Guadalajara fueron muy fructíferas y diversas, logrando legitimación en el poder concreto, así como un proceso de expansión, vínculos y enriquecimiento a partir de las reformas borbónicas del siglo XVIII, a través de diversas estrategias de crecimiento emprendidas por las élites, como las redes e interconexiones entre el poder económico y político, los monopolios y estancos, entre otros elementos. Sin embargo, uno de los detonantes para irrumpir “el orden” de los grupos e instituciones oligárquicas fue la entrada del movimiento insurgente a Guadalajara.

Si bien para algunas élites comerciantes resultó benéfico por la supresión de estancos y la posible expansión de su comercio a otras regiones, para otros no lo fue tanto, ya que se vieron prácticamente obligados a tener que participar, de algún modo, con apoyos para el bando de Hidalgo -patrocinio en especies, monetario, político o incorporándose a las hordas insurrectas-, lo que no causó más que inconvenientes en los intereses de los afectados.

El cabildo eclesiástico, como una más de las élites tapatías, trató de resarcir el apoyo que brindaron en un primer momento a Hidalgo durante su estancia en Guadalajara, declarándose en contra de la causa inde-

pendentista. La postura que el clero y otros grupos de poder adoptaron no dejó de causar controversia, primeramente al mostrarse receptivos ante el movimiento, con el único objetivo de proteger sus intereses y, posteriormente, al verse afectados -sobre todo la élite española en Guadalajara, entre ellos comerciantes saqueados y hacendados- decidieron condenarlo y pronunciarse en su contra debido, sobre todo, a los diversos estragos que desde su perspectiva dejó la insurrección, como saqueos a comercios, manutención de las huestes, extracción y liberación de esclavos, daños a la ciudad e inclusive la muerte de varios españoles.

FUENTES

Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Guadalajara (AHAG), caja 3, Sección: Gobierno, serie: Obispos Juan Cruz Ruiz de Cabañas 1808-1816, 28 de agosto de 1808.

BIBLIOGRAFÍA

Brading, David, *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

Castañeda, Carmen, “La formación de la élite, 1792-1821”, Castañeda, Carmen (ed.), *Élite, clases sociales y rebelión en Guadalajara y Jalisco, siglos XVIII y XIX*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, Gobierno de Jalisco, Departamento de Educación Pública, 1988.

Connaughton, Brian, *Ideología y sociedad en Guadalajara (1788-1853)*, México, CONACULTA, 1992.

Dávila Garibi, Ignacio, *Biografía de un gran prelado. El Excmo. E Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo*, México, Editorial Jus, 1984.

34 Para un estudio extenso sobre el tema véase: Olveda, *La batalla del Puente de Calderón*, 2008.

Gálvez Ruiz, María de los Ángeles, *La conciencia regional en Guadalajara y el gobierno de los intendentes (1786-1800)*, Guadalajara, UNED, 1996.

Guedea, Virginia, “La Independencia (1808-1821)”, en Wobeser, Gisela Von (Coord.), *Historia de México*, México, FCE, SEP, Academia Mexicana de Historia, 2010.

Lavrín, Asunción, “Perfil histórico de la población negra, esclava y libre” en Muriá, José María y Jaime Olveda (Comps.), *Sociedad y costumbres Lecturas históricas de Guadalajara II*, Guadalajara, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Gobierno del Estado de Jalisco, Universidad de Guadalajara, 1991, (Colección Regiones).

Miño Grijalva, Manuel, *El mundo novohispano, población, ciudades y economía, siglos XVII Y XVIII*, México, FCE, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, 2001.

Muriá, José María, *Et al., La Independencia en la Nueva Galicia, México*, Departamento de Educación Pública del Estado, 1985.

Olveda, Jaime, “El proceso formativo de la oligarquía” en Muriá, José María y Jaime Olveda (Compiladores), *Sociedad y costumbres, Lecturas históricas de Guadalajara II*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Gobierno del Estado de Jalisco, Universidad de Guadalajara, 1991, (Colección Regiones).

_____, *La batalla del Puente de Calderón*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2008.

_____, *Documentos sobre la insurgencia*. México, Secretaría de Cultura, Gobierno de Jalisco, Arquidiócesis de Guadalajara, 2009.

_____, *De la Insurrección a la Independencia, La guerra en la región de Guadalajara*, Zapopan, Jal., El Colegio de Jalisco, 2011.

Valerio Ulloa, Sergio, “Redes familiares, empresariales y crediticias en Guadalajara. Siglo XIX”, en Becerra Jiménez, Celina (Coord.), *Élites, redes y vínculos en el Centro Occidente de México, Siglos XVII al XIX*, México, Universidad de Guadalajara, 2008.